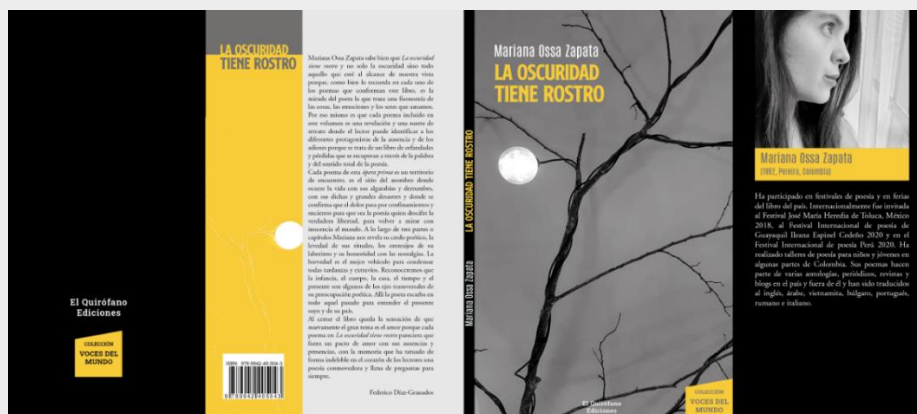




Mariana Ossa Zapata: *La oscuridad tiene rostro*. Introducción de Marisa Martínez Pérsico. Nota de contracubierta de Federico Díaz Granados. Guayaquil, El Quirófano Ediciones, 2021.

T.S. Eliot denominaba «crítico practicante» al poeta que ejerce paralelamente la crítica de otros autores y la crítica de su propia creación. Hay una búsqueda latente, quizás involuntaria, de anclar en los espacios textuales que resuenan en los propios, un itinerario que se detiene en mojones conocidos, un reconocimiento, una reciprocidad. No se trata de buscar espejos sino revelaciones de inquietudes compartidas que iluminen el propio rompecabezas lírico y vital. Hay tres aspectos de este primer poemario de la joven autora colombiana Mariana Ossa Zapata –libro publicado por el emergente sello ecuatoriano El Quirófano– que celebro. El primero es la necesidad del vacío y la incompletud para despertar la escritura, para que la palabra se vuelva urgente. El segundo es el protagonismo del cuerpo, no solo en operaciones ligadas al tratamiento del erotismo, de la intuición y del sentimiento sino al pensamiento y a la ética colectiva: el cuerpo goza y sufre en singular pero es también testigo de la historia de una comunidad, tiene un valor público. El tercer elemento para mí cardinal y sorprendente de este libro es el uso de paradojas y contrasentidos para cuestionar un estado de cosas dado, la construcción de una lógica poética autónoma que busca llamar la atención sobre las anomalías de la realidad, sobre sus rarezas y sinrazones.



La experiencia de la ausencia, con su inagotable potencialidad, es el corazón del poema «Infinito», un arte poética notable:

Le hace falta al árbol un pájaro que haga su nido y no se vaya,
al río un cuerpo que resista y no quiera regresar a la tierra,
a la luna una nube que no se disipe y le dé sombra,
al silencio alguien que se detenga y escuche las estrellas,
al mar un barco que naufrague y no se haga pedazos,
a cada hombre otras vidas que le dejen ser lo que no pudo.

Nada está completo
los círculos del destino vienen dentro de otros
y ni el más pequeño alcanza a cerrarse.
Si se cerrara, por fin todo tendría un sentido
y el misterio nunca más se volvería a escribir.

La incompletud es el disparador de la fabulación lírica. Siempre hay algo que le hace falta al paisaje, al hombre, al animal, al cosmos. La espera de esta completud inalcanzable resulta productiva y la escritura se alimenta del misterio –como quería Lorca– para poder existir. Me atrevo a decir que este es el programa poético del libro entero: nombrar un vacío colmado de sentido, una ausencia significativa.

Otro aspecto central es el protagonismo otorgado al cuerpo. Hay una defensa del encuentro físico, donde el cuerpo del amante es una especie de escudo para afrontar la soledad y el egoísmo: «Es mi cuerpo la única ofrenda que tú puedes deshojar./ en mi corazón ha crecido un árbol con tus raíces». Pero más allá de celebrar –rito sagrado y profano a la vez– la consumación del encuentro amoroso, el cuerpo es también testigo del dolor y de la injusticia. El yo tiene «cráteres en los dedos» y se lamenta ante el espectáculo del dolor ajeno y la desigualdad: ante el padre de mirada triste o la anciana sin zapatos, porque «es siempre duro, tan duro [...] sentir/ que nadie/ sabrá encender una luz/ que alcance para todos». Desde el punto de vista estilístico, es notable el uso de figuras de pensamiento como las paradojas, el uso de expresiones que aparentemente envuelven una contradicción. Por ejemplo, en los últimos versos del poema «Nada»:

...ser nada
tiene sus ventajas:
sostenerse del infinito
y no caer por fortuna
al mismo sitio.

O en el poema titulado significativamente «()», es decir, paréntesis de apertura y de cierre pero con inciso vacío. Mensaje no verbal, espacio de la página que permanece en silencio:

Es un vacío que no termina de vaciarse,
le entran diario flores casi marchitas,
arena sucia,
sangre que cae desde la luna llena,
cantos de todos los dioses desaparecidos

Es un vacío que no ha alcanzado el vacío
va por las vías de un tren descarrilado
por el corazón de una espada rota
va retrocediendo el bosque
parado en una hoja que agoniza

Es un vacío que no puede ser vacío
se ve a sí mismo lejos
y llora sus vacías posibilidades.

El mismo aparente contrasentido lo encontramos en un poema en prosa, de resonancias aforísticas, construido en base a interrogaciones, cuyo título es un asterisco: «¿Y si son los sueños los que nos eligen? ¿y si son ellos los que nos sueñan y por eso no hay certezas? ¿y si los sueños no son más que espejos cambiándonos de forma? Tal vez no salgamos de un sólo sueño y nos quedemos esperando la hora de despertar». Todas estas estrategias conceptistas del lenguaje poético empujan al lector a la meditación sobre las contradicciones de las palabras y de las cosas que se nos presentan a los ojos como incuestionables. La poesía amplía la mirada sobre lo real. Tiene un deber epifánico, de revelación.

Un primer libro es siempre una promesa. *La oscuridad tiene rostro* es un poemario que sopesa con inteligencia y exactitud cada palabra, sin excesos. Persigue un despliegue hacia adentro y no una verborragia vana. Me consta que su autora es, además, una lectora atenta de poesía clásica y contemporánea, un hábito imprescindible para cimentar la propia voz.

Marisa Martínez Pérsico

(Università degli Studi di Udine / Università di Tor Vergata / CONICET)